



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11408

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 14 DE NOVIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jouis, Faubourg-Montmartre, 31.

RIESTRA-SALGADO

ACADEMIA PREPARATORIA PARA INGENIEROS ELECTRICISTAS Industriales, minas, etc. BARBERAS DEL EJERCITO Y MARINA

Bajo la dirección del Oficial de Artillería D. Enrique Salgado y del Jefe del mismo Cuerpo D. Adriano Riestra, Doctor en Ciencias Físico-Matemáticas Carmen, 78 y plaza Roldán, 5 y 6.

LA TERCERA

Estamos abocados á una nueva interinidad y aun no hemos puesto una piedra en los cimientos de la regeneración.

La votación del Congreso, con motivo de la proposición de ley de los diputados catalanes, ha puesto de manifiesto que en cuanto á seguridad se encuentra el Sr. Silveira como se hallaba Segasta los últimos días de su mando. De la suerte del jefe fusionista era árbitro, el Sr. Gamazo, como de la del señor Silveira lo es el duque de Tetuán.

Este equilibrio inestable en que el gobierno se encuentra, origina discusiones empeñadas en que el tema preferente es si debe irse ó quedarse el ministerio

Podrá irse si lo derrotan ó podrá quedarse si el duque le da su apoyo; lo que no podrá es vivir sujeto á fuerzas extrañas, sin iniciativas propias y sin libertad de acción

Por circunstancias especiales se encuentran hoy los partidos completamente deshechos. Ni el dominante, que tiene sobre los demás la ventaja de tener mas satisfechos á sus huestes, ni el fusionista dividido en dos pedazos, ni el republicano seccionado en multitud de fracciones, ni el carlista

dividido en muchos grupos, constituyen agrupaciones potentes. Reina general desconcierto y en lucha los intereses, cada fracción y cada grupo defiende los suyos morales ó materiales. De aquí que cada votación que se provoca en las Camaras lleva aparejado el problema de la crisis.

En tales condiciones se va á discutir un presupuesto que desconcierta á mucha gente y unas leyes complementarias que provocan infinidad de protestas. Y todo eso ha de pasar precedido de numerosas votaciones, en las cuales cada fracción y cada grupo tiene consigo la victoria según se incline á la derecha ó a la izquierda. ¿Es esto posible?

Los políticos dicen que no. Es mas, después de la votación recalcada en la proposición de los catalanes, en la cual ha obtenido el gobierno una escasa mayoría, es general la opinión de que el gobierno se encuentra en las postrimerías.

La creencia general es que la crisis esta próxima, añadiéndose que se impone una solución conservadora presidida por el duque de Tetuán.

¿Con qué programa? ¿Con qué presupuestos? ¿Con qué Cortes? ¿Con las actuales ó con otras que se elijan?

Si gobierna con éstas el duque de Tetuán no será mas fuerte que el ministerio actual. Si se eligen otras nuevas habra que tomar tiempo bastante para convocarlas y elegir las.

Y precisamente lo que no nos sobra es tiempo. Van transcurridos muchos meses desde que terminó la guerra, tiempo que hemos debido emplear en reconstituir la nación. Dos situaciones políticas han pasado por el poder sin que hayamos dado un paso hacia la regeneración y parece que vamos a entrar en la terce-

ra sin haber hecho nada de provecho.

UNA PLANCHA MÁS

Ayer fué día de grandes preocupaciones.

El cometa Biela, á quien el célebre doctor alemán había achacado instintos planetarios, estaba al caer. De un momento á otro iba á verificarse el fatal choque que había de dar por conclusa toda manifestación de vida, incluso la vida pecuaria.

El caso era por demás morrocotudo. Sin comercio ni haberlo íbamos á pagar los vidrios rotos. ¿Por quién?

Ni se sabe. Vayan ustedes á saber de dónde arranca el odio que se tienen entre sí este pícaro mundo y el que le iba á los alcances para darle un pescozón. Alguna gresca de vecindad en que la comadre tierra había puesto hecho un guñapo á su enemigo. Este había jurado darle un cogotazo en los polos ó en la zona ecuatorial é iba á cumplir su palabra reduciéndonos á polvo.

La cosa era seria; iban á saltar sus diferencias dos mundos y á perecer los habitantes de una manera estúpida, agenos á la lucha, ignorantes de la cuestión que los ponía en el duro trance de quedar hechos tortilla.

El tiempo se deslizaba con lentitud desesperante y á cada hora que pasaba se oprimía el corazón. Claro, las atmósferas de los mundos combatientes se habrían agarrado ya y nos hacían respirar de una manera fatigosa. El choque debía estar cerca; dentro de un minuto ó dos se oiría el terrible estallido y después... nada, materia muerta paseada sobre las espaldas de la tierra á través de los espacios.

—Esto no es justo—decía llorando á lágrima viva doña Eufrasia, una señora que fué bella, según propio testimonio, rica y casada con un oidor sordo, algo cojo del derecho y que ahora está hecha una herejía de cara, de bolsillo y de estado social. —Yo que vivo sacrificada, paseando á mis hijitas para encontrarles una suerte, verme con nada á mirarlá hecha polvo... ¿Qué tengo yo que ver con los planetas?

Y es verla! ¿Qué tenía ella que ver ni yo tampoco? A ese Biela ni siquiera le saludo, ni lo he visto nunca, ni conozco su historia ni le guardo rencor á pesar del mal rato que me proporcionó ayer.

A quien le daría un recado es al profesor alemán. Pues digo si se pusiera al alcance de las gñas de doña Eufrasia.

—Ese es todo un señor tío—decía anoché al sonar la última campanada de las doce, es decir pasado el peligro.

—Lo que ha hecho ese alemán es divertirse á costa nuestra. Si no es así, si ha profetizado seriamente no se ha acreditado de profeta; pero sí de hábil planchista.

—Vaya un modo de calcular—añadía doña Eufrasia soberbiamente indignada.

No le faltaba razón.

Porque, á juzgar por el resultado, el alemán habrá contado por los dedos y medido con la manga de la chaqueta.

Y con esos elementos ¿qué había de hacer el hombre?

Lo que ha hecho: una plancha.

Uno.

Desde Madrid

Sr. Director. Toóle el turno en la noria del tiempo al Dichoso mes que entra con Todos los Santos y sale con San Andrés.

Como todos los años, las gentes han rendido á los pobres muertos el acostumbrado tributo de coronas de siempre, bien naturales, ó bien de toza ó de trapo; las lamparillas de rúbrica y alguna que otra oración.

¡El 1.º de Noviembre! En este día, Madrid desperézase algo mas temprano que de costumbre, para ir á comprar las frescos flores de Otoño destinadas á honrar la memoria de los que fueron.

Los carruajes son tomados casi por asalto, algunos van completamente llenos de coronas de flores naturales, entre las cuales destacan el demacrado rostro de un anciano, la negra silueta de una mujer pálida, ó la cabeza, llena de pesadumbre, de un hombre.

Son los vivos buenos, los que lloran, los que velan, los que aman.

En otros carruajes, van guardadas las coronas en cajas de madera ó de cartón, unas, á los pies del cochero, otras, dentro, sobre el asiento, encima de las rodillas... ó el suelo. Vense algunas coronas sueltas colgadas de los faroles, y en el interior del vehículo, va perfectamente acomodada la cesta de la merienda.

Son los vivos que saben vivir... pero que no obstante, se acuerdan de los muertos.

En los cementerios se come y sobre todo se bebe á la salud... espiritual de los que ya no existen modelados en tierra, y á veces, manos brutales arrancan las flores de las sepulturas. Ya la rosa alimentada por el jugo del corazón de una mujer, ó bien la siempre viva in-mortal por cuyo tallo corre la substancia cerebral de un hombre.

Esas flores, ruedan más tarde por el suelo y son hollados por mis pies.

Es el Carnaval de la muerte: son los vivos que se disfrazan de bestias hambrientas y que se emborrachan y bromanan allí donde reina la paz eterna.

Perdonen ustedes que la fuerza mayor de las circunstancias de lugar y de tiempo me obliguen á hacer lacrimosa esta crónica que otras veces resulta, si no espiritualmente cómica, por lo menos francamente jovial.

Se me va pegando algo de la manera de escribir de los psicólogos del día, que han dado en la flor de hacer equilibrios por las nubes... del pensamiento, para encontrar puntos de vista nuevos, originales... y á ratos imposibles.

Tan grande y espeso es el nubarrón formado por esta gente, ya que nos invade de todos lados y no hay posibilidad de sustraerse al medio.

Métanse ustedes entre locos y acabarán por hacer contorsiones y hablar con las paredes, aunque sean ustedes más serios que un ajo... como diría mi amigo Pepe Loma.

Por más que el cuerpo envejezca, hay que modernizarse, cosa que no es tan difícil como algunos creen; pues el alma se hace tanto más sensible, cuanto más se sabe en la escuela de los años: el alma de un viejo tiene delicadezas admirables, porque va desprendiéndose poco á poco de la horma de carne que la aprisiona y esclaviza.

El alma viene á ser el pie con el cual

—Esta es mi casa, dijo el bachiller, deteniéndose junto á una puerta estrecha y baja, encaramada sobre dos altos escalones á la entrada y á la derecha del callejón del Gato.

Y sacó una llave del bolsillo, y abrió la puerta.

—Que vaya uno delante de mí, dijo Marcos Calderón, y si no no entro.

—¿Pero cómo hemos de ir ninguno de los dos delante, si no sabemos el camino? dijo Pommeferre.

—Iré yo, dijo toda llorosa la mujer de Marcos Calderón.

Y echó delante.

II

A oscuras y por el ruido de las pisadas, la siguieron Pommeferre, Malegarde, y detrás de éstos Marcos Calderón, que iba resollando fuerte, como un marido lejado que aún no ha desfogado su cólera.

Por un poco menos de oscuridad y por un mucho mas de aire, Malegarde y Pommeferre conocieron que atravesaban un estrecho patio.

Al fin la joven se detuvo y dijo.

—Ven acá y abre la puerta, que yo no tengo la llave.

—Tómala y abre tú, dijo Marcos Calderón, que

no se atrevía ni aun á abrir la puerta, no fuera que le hiciese una caricia el primo de su mujer.

Esta abrió.

Apareció una sala cuadrada, en que ardía en un candelero de hoja de lata una vela de sebo, sobre una mesa en que había restos de una pobre cena, y dos botellas vacías.

En un ángulo había un gran lecho pobre y humilde, y un si es no es incómodo, sobre el cual roncaba estrepitosamente un hombre que tenía el uniforme encarnado de Guardias Walonas.

—¿Y aún no ha despertado! dijo con una especie de admiración cólerica el bachiller.

—¿Y qué ha de despertar, si el pobre viene rendido del viaje? dijo la esposa del bachiller.

III

Pommeferre la miraba atentamente.

Era una muchacha como de diez y siete á diez y ocho años, fresca, rolliza, de formas protuberantes, bastante agraciada, y muy pobremente vestida.

En cuanto á Marcos Calderón, estaba también en un estado miserable; mucho peor que cuando le conocimos.

hombre no es primo de mi mujer... dijo Marcos Calderón.

—¿Cómo que no soy primo de Juana? dijo el soldado: nacido como ella en Pitoña, y en la misma casa: como que ella es hija de la hermana de mi madre.

—Pero eso no es razón para que os vengais á dormir á la cama del marido de vuestra prima, dijo Pommeferre: eso no lo manda Dios.

—Pero lo hace el diablo, dijo Marcos Calderón.

—Vamos, esto son cosas de familia, dijo Malegarde, y en la familia se quedan; si fuera un extraño sería otra cosa; pero vaya usted á ver; dos primos que han nacido en la misma casa... no hay que hablar mas de esto; si ha habido algo de licencia en el señor primo, ya la prima lo ha pagado, que no lo estáis dando mala vuelta cuando os encontramos, señor bachiller; hágase la paz que no está bien que por cosas de pocos momentos se indisponga una familia, y vamos á lo que importa. Mi amigo Pommeferre y yo, señor Marcos Calderón, hemos llegado á Madrid acompañando á cierta dama, á quien vos conocéis mucho.

—¿Una dama á quien yo conozco mucho? dijo Marcos Calderón.

—Si por cierto, contestó Pommeferre; una dama